

Cuadernos del Sur

AÑO 11 N° 19

Junio de 1995

EL MUNDO DEL TRABAJO EN EL FIN DEL SIGLO *

(Conceptualizaciones socialistas en disputa)

Eduardo Lucita

En política, el realismo puede tener dos sentidos, uno exige no luchar contra la corriente, sino adaptarse a ella; el otro, tener en cuenta la realidad con la esperanza de transformarla.

Edgar Morín

En este acelerado fin de milenio el mundo del trabajo está siendo sometido a un conjunto de indagaciones y cuestionamientos, particularmente por parte de quienes consideran agotadas las posibilidades de convertir en realidad la vieja utopía de la transformación social. Ciertamente esta actitud no es gratuita, luego de un período en que las luchas sociales y políticas fueran desplazadas del centro de la escena mundial, la crisis del Este ha contribuido a alimentar el escepticismo y la desmoralización,

así como a desvalorizar todo intento de transformación radical de nuestras sociedades.

Así la «crisis del socialismo» se ha convertido en un lugar común, un dato más de la realidad que impacta sobre el mundo del trabajo y cuya responsabilidad ya no se hace recaer solo sobre las burocracias de Estado del Este, y sus representaciones en todo el mundo, sino también sobre las distintas corrientes que históricamente se presentaron como alternativas al capitalismo y al estalinismo.

En esta crisis del socialismo, en

* Este artículo es una versión revisada y parcialmente ampliada de la ponencia que, bajo el mismo título, presentara en el Seminario Internacional «El nuevo orden mundial a fines del Siglo XX-El socialismo como pensamiento y perspectiva», UNR, Rosario, Argentina 20,21 y 22 de mayo 1993.

Agradezco las críticas y sugerencias que sobre la versión original me acercaran Alberto Bonnet y Rubén Lozano, los aportes de Lidia Segre, y también las duras críticas que desde Madrid me hiciera llegar Víctor Montovi. Obviamente soy responsable del texto final.

cuyo trasfondo puede apreciarse el desarrollo más general de la crisis del capitalismo, está presente no sólo el desprestigio de los llamados «socialismos reales», y el usufructo que la nomenclatura hiciera de símbolos, nombres y figuras, y por lo tanto la identificación simplista entre socialismo y estalinismo, sino que también está presente la debacle de la socialdemocracia y su nefasta gestión de la crisis capitalista.

En nuestros países debiéramos agregar el fracaso de los movimientos nacional/burgueses que hegemonizaron la acción durante décadas para concluir vaciando de contenidos al movimiento social, dejándolo inerme frente al actual embate del conservadurismo neoliberal.

Esta doble/triple combinación ha colocado al movimiento obrero y socialista en una situación paradójica: si desde hace más de un siglo era el portador de las ideas del cambio, del progreso y la justicia social, de la transformación, hoy se muestra en serias dificultades para coordinar sus acciones y enfrentar el avance del capital.

Más aún, en muchos de nuestros países el movimiento de los trabajadores no ha logrado aún armarse de una estrategia que le permita sostener con éxito sus derechos y conquistas más elementales. Al mismo tiempo que el proyecto de una sociedad socialista aparece fuertemente cuestionado y carente de credibilidad.

Las líneas de interpretación.

En el contexto descripto no han sido

pocos los intelectuales y estudiosos de distintas corrientes políticas en el mundo, y también en nuestro país, que han recuperado viejas teorías, acrecentadas por nuevas elaboraciones y aportes, que ponen el acento en la pérdida de las potencialidades revolucionarias de la clase obrera¹ en el debilitamiento de la misma en el conjunto del tejido social, en el resquebrajamiento de su centralidad, etc. En el límite de esta visión la izquierda socialista se quedaría sin el sujeto de la transformación.

Es claro que esta mirada no es homogénea, numerosas tendencias recorren su interior, pero aún cuando sus enfoques son variados todos se orientan en la dirección señalada y comparten, si se quiere, la virtud de haber puesto en debate, frente a una visión hasta ahora lineal y bastante dogmática, la perspectiva del mundo del trabajo en este fin de siglo.

Es este debate lo que aquí queremos retomar. Pero no es nuestra intención hacerlo desde una perspectiva académica o sociológica, no solo porque escapa a nuestro alcance, sino porque nuestro enfoque es de carácter político/práctico. Buscamos recuperar este debate en la perspectiva de que el mismo aporte a la recomposición del movimiento social y de la izquierda socialista en particular.

Para esto partimos de asumir el marxismo como una unidad dialéctica entre teoría y práctica y en este plano la recomposición a la que aspiramos no parece posible por fuera de una intervención activa en la lucha de clases, en el complejo y, la más de las veces contradictorio, terreno de la

conflictividad social. Damos por sobreentendido que esta intervención ha de ser, entre otras cosas, resultante de cómo aprecia y evalúa la izquierda el curso seguido por la base material de la sociedad y el movimiento social real.

En este marco de análisis identificamos, aún a riesgo de caer en simplificaciones extremas, dos grandes líneas de interpretación:

Por un lado aquellas tendencias políticas que, con distintas vertientes internas, se distinguen porque su política práctica tiende a desconocer los cambios ocurridos, y los aún en curso o que, aún reconociéndolos, les restan importancia, no asignándoles entidad suficiente como para configurar una tendencia que impacte sobre las relaciones laborales (organización del trabajo, prácticas sindicales, segmentación del mercado de trabajo, homogeneidad del movimiento obrero., etc.) y, consecuentemente sobre la dinámica social y política de la clase obrera.

La característica de estas corrientes políticas es que sus conceptualizaciones llevan a depositar la responsabilidad por las dificultades, y en muchos casos la impotencia, en las direcciones sociales o políticas. En sus inconsecuencias reiteradas, sus traiciones recurrentes, su reformismo en el mejor de los casos.

Por el otro lado aquellas corrientes que sostienen que el cambio ya se produjo, que las transformaciones ya ocurrieron o están al borde de concretarse, en el plano social y político. El capital estaría así en condiciones de

relanzar un nuevo período de acumulación y reproducción del capital.

En este caso de lo que se trata es de adaptarse a estos cambios, de nadar a favor de la corriente, y en esta, la intervención política solo es posible dentro de ciertos límites, que vienen dados precisamente por los condicionantes que configuran la nueva situación.

No es posible desconocer que estas dos líneas de interpretación contienen o se apoyan en datos de la realidad objetiva. Por un lado los cambios son reales, hay una gama de situaciones y de viejos parámetros que han sido modificados, en algunos casos brutalmente, y esto es perfectamente comprobable. Aun no disponiendo de estudios sobre estos cambios, es posible recurrir a la gente e indagar acerca de la forma en que viven y reproducen su existencia, tanto dentro como fuera de las fábricas y lugares de trabajo.

Por el otro la persistencia de los sostenedores del no cambio, que se basan también en datos de la realidad, que muchas veces resultan fragmentarios debido al carácter desigual de la reestructuración capitalista, que avanza en direcciones desconocidas y muchas veces contradictorias. Que no hacen más que confirmar las dificultades del capital para imponer en forma sostenida sus condiciones, como también la realidad de direcciones sindicales cada vez más integradas al Estado y comprometidas con el curso de las políticas económicas y sociales del ajuste estructural, y alejadas por lo tanto, de las necesidades más inmediatas y concretas de la gente. Pero que muchas

veces fuerzan la realidad para encorsetarla en un marco teórico y conceptual ya dado.

En la perspectiva de este trabajo, que busca introducirse entre esas dos posiciones, resulta tan erróneo, y peligroso, negar los cambios o quitarles significación, como sostener que estos ya se han impuesto, que la nueva realidad convive con nosotros y es inmutable. Son, si se quiere dos posiciones antidualéticas ya que ninguna de las dos tiene en consideración, o ha incorporado a sus análisis, la confrontación social. Entendida esta no como una cuestión meramente reivindicativa o de reacción proteccionista frente a los cambios, sino como expresión del desarrollo de la lucha de clases, y por lo tanto de la relación de fuerzas sociales que ella determina y a través del cual el cambio se concreta.

En nuestro enfoque lo central no es desconocer los cambios, ni tampoco sumarnos a los mismos, sino cómo entenderlos, cuál es su origen y dirección y, finalmente, cómo posicionarse para operar políticamente sobre ellos.

Conceptualizaciones en disputa.

En este sentido es que nos interesa pasar revista a algunas cuestiones que al momento de definir una política socialista de intervención aparecen subyacentemente en disputa.

1 - En primer lugar es necesario partir de una conceptualización de la crisis capitalista. Como una crisis de sobreproducción, un momento propio del ciclo de acumulación capitalista -

cuyos orígenes en este periodo se ubican en la posguerra y que llega hasta fines de los '60 y principios de los '70, un momento en que prevalecen la depresión y el estancamiento, que conlleva la inutilización y destrucción de medios de producción, incluida la fuerza de trabajo.

Frente a esta visión de la crisis, clásica si se quiere, se levanta otra visión donde la crisis aparece como formando parte de los recursos con que cuenta el capital para mediar y transformar sus propias contradicciones. No estaríamos aquí frente a una crisis del modo de producción capitalista en su conjunto sino que, como respuesta a la caída de la tasa de ganancia, el capital habría respondido con un largo y profundo proceso de reestructuración². Nos encontraríamos así en el pasaje (transformación) de un modo de acumulación (fordismo) a otro (que a falta de una mejor denominación se lo llama posfordismo o postaylorismo), lo que iría acompañado por una reorganización del modo de dominación.

El desarrollo de la crisis conduciría entonces a un proceso más abierto de transición entre el viejo régimen y un nuevo modo de acumulación. Estas transformaciones al interior del sistema estarían creando las condiciones para que el capitalismo ingrese en una etapa de relativa estabilidad económica y social³. (Aglietta, 1976; Boyer, 1986).

En esta lectura lo que complica la coyuntura, por demás extensa y convulsionante, es la superposición de los modos (el viejo y el nuevo) y los condicionantes para el capital que de

esto se derivan.

Para el enfoque de este trabajo los cambios en el estadio del capitalismo no pueden ser entendidos por fuera de las contradicciones del capital, poner el acento en lo primero desligado de la base material solo sirve para desdibujar los procesos reales del desarrollo capitalista. Por el contrario, del estudio, en interrelación con la estructura, de los profundos cambios que realmente están ocurriendo, y que están transformando el mundo en que vivimos, lo que surge como evidencia no es el fenómeno de la yuxtaposición de los modos -en rigor un modo reemplaza a otro pero en la práctica siempre coexisten por mucho tiempo- sino la crisis del capital en toda su dimensión.

Crisis que emerge como resultante del agotamiento de la arquitectura keynesiana que se levantó para mejor controlar el poder del trabajo y que durante décadas logró institucionalizar la lucha de clases.

Se hace así visible el agotamiento del modelo taylorista/fordista que se expresa bajo la forma de una crisis en la relación de dominación, en el fin de una forma específica de gestionar la fuerza de trabajo. Esto desembocó en una ruptura del patrón de dominación estable durante varias décadas, en el que ya no resultaban viables los patrones de relaciones laborales y donde el capital tenía que reestablecer su pleno derecho a exigir.

Toda crisis expresa, aún deformadamente, las características de la formación social en la que esta se verifica. Pero es necesario distinguir

entre las *crisis periódicas* -ligadas al ciclo y que expresan los desajustes coyunturales de la estructura- y las «*grandes*» crisis -que expresan las contradicciones estructurales- que cuestionan los fundamentos mismos del sistema y que, por lo tanto, requieren profundos procesos de reestructuración de los modelos de acumulación y dominación.

En este trabajo compartimos la caracterización de una crisis estructural, que señala el agotamiento de una onda larga expansiva y el ingreso en una onda larga recesiva, sin que el capital logre por el momento mostrar una posibilidad de salida convincente.

«Lo que se puede apreciar en los últimos quince o veinte años es la lucha denodada del capital por imponer un nuevo modelo de dominación social y política» (Holloway, 1990).

Colocada en este marco adquiere toda su significación la ofensiva generalizada y sostenida que el capital despliega sobre el trabajo, orientada a desmontar una a una las conquistas obreras que, generación tras generación, los trabajadores habían levantado como barreras frente al avance del capital.

2- La segunda cuestión que aparece en debate, ligada obviamente a la crisis y a los cambios, es la interpretación que las diferentes corrientes hacen de la innovación tecnológica (IT). Esta es muchas veces vista como el resultado de una suerte de determinismo, muy caro a algunos adherentes de las tesis de la revolución científico-técnica.

Aquí también es posible contrapo-

ner, en grandes trazos, dos líneas de interpretación:

En la primera de ellas la IT aparece como un resultado de las contradicciones del desarrollo del proceso de acumulación capitalista. Contradicciones que se condensan en la caída de la tasa de ganancia, que provocan la agudización de la competencia intercapitalista y la incorporación del progreso técnico, lo que en definitiva redundará en importantes mejoras en la productividad y en la masa de plusvalor a apropiarse.

En una segunda línea de interpretación el cambio tecnológico y las modificaciones en los sistemas de producción y organización (procesos de trabajo) aparecen como una necesidad del capital, en períodos de agudas crisis, por apropiarse del conocimiento y de los oficios de los trabajadores -la expropiación del saber obrero- reasumiendo así el control sobre la totalidad del proceso productivo.

En una visión superficial, las dos concepciones pueden aparecer como complementarias. Sin embargo en la primera la IT se ubicaría en el marco de un proceso histórico de evolución de las formas de apropiación del plusvalor, y serían respuestas en la búsqueda de una salida a la caída de la productividad en un contexto de competitividad creciente. El cambio, entonces, es resultado del desarrollo económico-técnico⁴ y, en términos políticos, su crítica se limita a la utilización capitalista de la aplicación científica.

La segunda interpretación tiende a ver a la IT no sólo como la búsqueda

de un nuevo nivel de productividad, sino también como la forma de recrear las condiciones de la dominación en el ámbito de las unidades de producción. Particularmente cuando el sistema requiere recomponer una base estable y esto precisa del mayor grado de flexibilidad posible en el uso social de la fuerza de trabajo⁵. *El derecho de la empresa de decirle al trabajador qué hacer, dónde hacerlo y a qué ritmo* (Holloway, 1987)

Si como afirmamos la IT es expresión de una determinada relación de poder y de fuerzas sociales, hay aquí un campo de disputa. Si la elección de las nuevas tecnologías son una *opción*, esto es no están predeterminadas por ninguna ley, sería posible entonces optar por tecnologías alternativas, eficientes y productivas, pero cuya relación con el ser humano resultara diferente.

La estrategia socialista, entonces, puede armarse de una política que permita diseñar una táctica de intervención práctica basada en la disputa de la conformación de la IT

Frente a una visión **tecnocéntrica**, basada en una estrategia de eliminación creciente del trabajo humano, que es visto más como fuente de perturbación y costos, que como fuente productiva (Brodner, 1988), es posible organizarse social y políticamente en torno a una visión **antropocéntrica**, sustentada en la exaltación y el enriquecimiento de las capacidades humanas y no en su sustitución (Segre, 1992).

3 - La tercera cuestión a integrar

en el debate es derivada de las dos anteriores, y es que el capital como respuesta a su propia crisis ha abierto un curso profundo de reestructuración de sus espacios productivos y comerciales lo que ha dado pie a las llamadas tesis del «fin de la sociedad del trabajo», sustentadas en la reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario, como consecuencia de la llamada tercera Revolución Industrial - microelectrónica, robotización, racionalización de los procesos de trabajo, desagregación de los procesos productivos, relocalización geográfica, etc.- que han tenido como epicentro el incremento exponencial de la productividad del trabajo.

En esta visión, el trabajo ya no constituye el nexo más importante que relaciona a los hombres en la sociedad, ni tampoco el principal factor de socialización. *«El trabajo habría perdido así la calidad subjetiva de ser el centro organizador de la actividad vital de la valorización social de uno mismo»* (Offe, 1992). Algunos autores en esta misma línea de interpretación llegan a vislumbrar la *«sociedad postindustrial, con fábricas sin obreros»* (Bell, 1972)⁶.

Puesta esta tendencia en su límite teórico -suponiendo una sustitución masiva del «trabajo vivo» por el «trabajo muerto»- se llegaría a la superación del trabajo. En la medida en que el tiempo de trabajo deja de ser la medida de valor llevaría a la eliminación de la plusvalía.

Al decir de Marx *«el trabajo necesario deviene en superfluo, ya que no sirve para extraer plusvalor»*. Se lle-

garía así al colapso de la sociedad del trabajo, pero ello también implica el colapso del capital, que sólo existe en función del otro. Ya que a la inversa del trabajo que puede prescindir del capital, éste no puede prescindir del trabajo, sino a costa de negarse a sí mismo. (Plá, 1988; Mandel, 1986).

La cuestión se coloca así en los límites del capital. Este fue suprimiendo las barreras que trababan su desarrollo, pero en modo alguno suprimió todas. Está limitado por sus propias condiciones de existencia. El cambio tecnológico entra así, en esta etapa, en colisión con la formación social que lo produce.

Sin llegar al límite teórico, es necesario reconocer que la tendencia al reemplazo del «trabajo vivo» por el «trabajo muerto» se ha acelerado en el marco de la crisis. En rigor se trata de la doble y contradictoria tendencia del capital, consistente en apoderarse de la mayor cantidad de trabajo vivo para convertir un porcentaje cada vez mayor de su parte necesaria en excedente a los fines de la acumulación.

Esta tendencia se encuentra hoy brutalmente exacerbada con la implantación de las nuevas tecnologías, pero también con la racionalización y modificación de los procesos de trabajo, cuyas implicancias sociales son muchas veces mas importantes que las derivadas de la IT. La revolución microelectrónica ha transformado completamente el origen de los incrementos de productividad. Los sistemas de automatización flexible, los sistemas de producción asistidos por computadoras, aumentan la pro-

ductividad 50, 60 ó 100%, pero al mismo tiempo para hacer efectivas estas potencialidades requieren invertir en métodos organizacionales y en la calificación de la fuerza de trabajo afectada a estas tecnologías (Coriat, 1994).

Esto determina cambios cualitativos importantes en la composición interna del trabajo, en la medida que el trabajo manual es sustituido, al menos en parte, por el mayor peso del trabajo intelectual.

Ahora bien este último no deja de estar sometido a un proceso de desgaste, que impacta de diferente manera, pero que cualitativamente no difiere del sufrido por el trabajo manual. Es que este mayor peso relativo del trabajo intelectual acarrea el pasaje del agotamiento físico al psíquico, en tanto la producción exige más y más mentes aptas *para el nuevo consenso exigido por la «calidad total»*.

Con la implantación de las nuevas tecnologías hay una nueva interrelación entre el saber y el proceso de producción. Donde el saber fluye en forma constante desde el proceso de trabajo, a la par que hay una transformación de este último mediante aquel saber, expropiado por el capital. Antes que en innovaciones de productos hoy se trabaja en innovaciones de procesos. Es posible entonces verificar una extensión de la alienación al núcleo más precisamente humano de la actividad laboral, la intelectual (Cillario, 1991).

Por otra parte, si quisiéramos abordar estos cuestionamientos a la sociedad del trabajo desde un enfoque cuantitativo basta con apoyarse en los da-

tos aportados por organismos internacionales, particularmente el Banco Mundial, que muestran de un modo global que el volumen de la clase obrera internacional -es decir todos y todas aquellos/as que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo en el mercado se mantuvo relativamente estable durante el período 1960-1980, en tanto que en ocho países de la Organización para la Cooperación del Desarrollo Económico (OCDE) se encontraba en expansión, y solo a fin de los años 80 tuvo un leve decrecimiento -del 38% al 34% de empleados en los países industrializados.

Claro está que este proceso es muy desigual y afecta en forma diferenciada a los distintos países y ramas de actividad, pero no hay dudas de que en el mundo hay una expansión de las relaciones asalariadas, y que la clase trabajadora, en la definición amplia que aquí utilizamos, constituye hoy un porcentaje de la población mundial activa superior al que se verificara en la época dorada de los grandes partidos obreros y socialistas (Mandel, 1987; Hobsbawn, 1990).

No es aquí entonces donde podemos encontrar el nudo de las dificultades del mundo del trabajo. Tal vez convenga bucear en las particulares condiciones del crecimiento económico en esta etapa. El que habiendo sido históricamente la variable⁷ que garantizara el nivel de empleo es, en esta última década del siglo, sumamente incierto. Tal los informes del Fondo Monetario Internacional (FMI) que muestran una creciente preocupación por el estancamiento de la economía de los EE.UU.

y las más que mediocres expectativas de crecimiento de las economías de Japón y Alemania, y las consecuencias sociales que esto implica (Clarín, 8.5.93).

La OCDE, por su parte, volvió a revisar hacia abajo las perspectivas del crecimiento de los 24 países más industrializados, pronosticando incrementos de las tasas de desempleo, que en el conjunto de países llegarían a un total de 35 millones de personas en paro forzoso en 1994. Al mismo tiempo subraya el poco margen de maniobra de que disponen los gobiernos para impulsar políticas que activen el crecimiento y el empleo.

Por otra parte, no hay ningún dato cierto que permita suponer que una recuperación del crecimiento resulte significativo para recuperar los niveles de empleo anteriores a la crisis.

« En las condiciones técnicas actuales los países centrales están en condiciones de producir tres o cuatro veces más riqueza que hace 35 años, sin necesitar tres o cuatro veces más horas de trabajo, sino varias veces menos (Gorz, 1991).

4 - Por último, una visión generalmente aceptada sin mayores cuestionamientos es aquella que pone el acento en que los cambios en el modelo de acumulación y reproducción del capital, y en las formas de ejercer la dominación social, han concluido resquebrajando la homogeneidad interna y debilitando los lazos de solidaridad de la clase trabajadora.

Un primer aspecto de esta fragmentación se encuentra en el ya señalado debilitamiento del mercado de traba-

jo, que al poner barreras a la incorporación de nuevas generaciones de trabajadores -resultado de la combinación de la continuidad de la crisis, las escasas expectativas de recuperación del crecimiento económico y el incremento de la productividad- ha dado lugar a un fuerte proceso de exclusión social, y al llamado desempleo estructural. Con lo que han variado sustancialmente los porcentuales que en relación a la población económicamente activa mostraran durante décadas la fuerza de trabajo ocupada y la desocupada. Por otra parte la ya mencionada expansión de las relaciones asalariadas basada en las actividades terciarias va acompañada por una disminución relativa de los obreros industriales y un movimiento de desconcentración fabril (reducción del tamaño medio de los establecimientos) y descentralización regional (relocalizaciones geográficas), que llevan a una dispersión de la concentración obrera.

Una segunda cuestión a tener en cuenta es que en este período los trabajadores ocupados vuelven a sufrir un proceso de fragmentación como consecuencia del mayor peso del trabajo indirecto sobre el directo. El crecimiento de los servicios y la terciarización de las economías ha dado como resultado una nueva relación trabajo productivo/trabajo improductivo; el impacto de las nuevas tecnologías se verifica también en la recategorización de los puestos de trabajo (calificación/descalificación); en tanto que los nuevos métodos de organización del trabajo han impuesto la polivalencia horizontal y vertical. Las formas de ges-

tión a la «japonesa», con los sistemas participativos y la «calidad total», contienen formas de cooptación ideológica. Estos cambios acentúan los diferenciales salariales, vuelven casi inútiles los convenios colectivos, y están a la búsqueda de un nuevo consenso social en el plano de las relaciones capital/trabajo.

Hay otra serie de elementos adicionales que en conjunto acrecientan el cuadro de heterogeneidad al interior de la clase: los sistemas de contratación por tiempo fijo -¡en España se llegan a hacer contratos por un día!- y la creciente precarización del empleo; las nuevas tecnologías permiten la descentralización de los procesos productivos -lo que da origen a las llamadas empresas en red- y la consiguiente desconcentración obrera. El arbitrio empresarial de recurrir cada vez más a la jornada extraordinaria de labor (horas extras) y a la intermediación de las agencias de empleo tienen como consecuencia un incremento en el grado de alienación en el trabajo en el primer caso, en tanto que en el segundo se verifica una disociación en la relación de dominación, pues uno es el patrón que extrae el plusvalor, y otro el que le paga el salario.

Quienes sostienen la tesis del fin de la sociedad del trabajo suelen señalar que en la medida que el mundo del trabajo y la producción ha ido cediendo en su capacidad de estructurar y organizar a la sociedad, el movimiento obrero va perdiendo su centralidad política dejando el lugar vacante para que lo ocupen nuevos actores y nuevas racionalidades (Offe, 1991) al mis-

mo tiempo que para otros ese lugar sería ocupado por «la sociedad del tiempo libre» (Gorz, 1991).

Estas concepciones parten de un supuesto general: en el modelo anterior (fordista) la clase obrera era una clase homogénea, uniforme y masificada, y este cuadro cambió drásticamente en el nuevo modelo (posfordista). De ser homogénea y masiva habría pasado a ser un conjunto variado de grupos y fuerzas.

Nos parece necesario, sin restarles significación, relativizar estas afirmaciones. Un rápido repaso histórico permitiría comprobar que la clase obrera siempre se caracterizó por contener en su seno un mayor o menor grado de fraccionamiento o diferenciaciones: por profesiones, por ocupaciones, por diferenciales salariales, etnias o religiones.

Por otra parte, la fracción de la clase obrera que hoy aparece despegándose del conjunto, resultado de las nuevas calificaciones tecnológicas, es por ahora minoritaria. Algunas evidencias empíricas muestran que muchos de los nuevos empleos derivados de la IT son de carácter repetitivo, no requieren gran capacitación y son de una responsabilidad limitada ⁸.

«No debe darse por supuesto, como parecen hacerlo muchas personas, que la naturaleza o las condiciones de trabajo se han transformado completamente para una parte sustancial de la población laboral» (Bottomore, 1992).

Frente a la supuesta disponibilidad del tiempo libre, que en el plano teórico contrapone dos concepciones, la «liberación del trabajo» o la «libera-

ción en el trabajo», está la realidad del crecimiento de la jornada extraordinaria, y en nuestros países el doble o triple empleo. Por otra parte los movimientos que expresarían a los nuevos sujetos sociales y las nuevas racionalidades, aún asentados en cuestiones y demandas objetivas -feminismo, la mitad invisible de la historia, ecología, la segunda contradicción del capital- han demostrado mucho más rápidamente sus limitaciones que sus potencialidades. Ninguno de ellos por sí solo ha logrado superar sus propios límites.

La nueva configuración del mundo del trabajo

Por el momento el capital no ha logrado una salida duradera a su crisis sistémica, solo ha sabido recurrir a la imposición de la sociedad dual, de la sociedad de los dos tercios, que es también una definición engañosa. Pues aún aceptando el desempleo estructural, esto es prescindiendo de los excluidos de la producción y los servicios, entre quienes tienen acceso a vender su fuerza de trabajo en el mercado se verifica, como promedio, un empobrecimiento general. Resultado de la baja de los niveles salariales directos y también de los salarios indirectos -condiciones de salud, educación, vivienda, etc.- que se expresa en un deterioro generalizado de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo.

Pero para aquellos que perciben un salario, alto o bajo, nada es como antes. El antiguo cuadro de remuneraciones rígidas, por categorías y subcategorías, ha dado

paso a otro mucho menos homogéneo y poco previsible, donde las categorías se van reduciendo pero la dispersión salarial se incrementa. A esto hay que agregarle los componentes no estrictamente monetarios de la remuneración (una variedad que abarca préstamos, bonificaciones, coberturas de salud, participaciones accionarias, tickets varios, y tantas otras variantes como empresas existan).

El capital busca así eliminar toda intervención del sindicato en la producción, limitando su actividad al nivel de la remuneración salarial, pero reservándose para sí la estructura de la misma, y en consecuencia trata de acentuar los rasgos individuales dentro de la contratación y de la remuneración. Al mismo tiempo que desconoce las convenciones colectivas trata de imponer la contratación descentralizada por empresa.

En el plano de la producción, como respuesta a la fragmentación del consumo y a los productos diferenciados, hay cada vez más sistemas de administración flexible, lo que va acompañado de tecnologías cada vez menos costosas que entran rápidamente en obsolescencia técnica. La contrapartida es la obsolescencia de las profesiones, por los rápidos cambios de las destrezas. Hay así un doble movimiento, por un lado una fracción de la clase obrera altamente calificada, y en un proceso de continua recalificación, y por otro un recambio constante de trabajadores, en una dinámica de destrucción de fuerza de trabajo y su sustitución por otra nueva. La multiplicidad de formas de contratación características de este período responde a estas

necesidades objetivas del capital.

A estas nuevas condiciones del mundo del trabajo es que debe dar respuesta el sindicalismo de este fin de siglo. Pero las viejas identidades corporativas son cuando menos insuficientes para hacer frente a los nuevos desafíos. Si como sostenemos, los cambios y las transformaciones en curso son, en última instancia, producto de una determinada relación de fuerzas sociales, no nos parece posible sostener que el progreso técnico en forma abstracta modifique esas mismas relaciones en el sentido de la integración social. Más importante que los cambios tecnológicos parecieran ser los cambios en la estructura interna de la clase obrera, en los patrones culturales y por lo tanto en las tendencias del comportamiento social colectivo.

La aceleración de los ritmos de la internacionalización del capital, y la globalización de estos años '90, no solo concluyeron difundiendo a escala mundial los nuevos procesos productivos, las innovaciones tecnológicas y las nuevas formas de organización y contratación del trabajo, sino que también se difundieron modelos ideológicos, patrones culturales y de actuación: la exaltación del mercado, el individualismo y el consumismo, la xenofobia, que en conjunto han inducido cambios subjetivos al interior de las clases.

Es sobre la fractura que significa el paro estructural, sobre la mayor heterogeneidad social, sobre la falta de horizonte del crecimiento económico que se instala esta nueva subjetividad que corroe la solidaridad y la cohesión de clase.

No obstante, la crisis, que trae consigo la inseguridad, la desprotección, la mayor heterogeneidad, la cooptación ideológica, es también portadora de nuevas potencialidades.

Nunca como ahora el desarrollo de las fuerzas productivas estuvo en condiciones de garantizar a escala mundial niveles mínimos y dignos de existencia, en tanto que la actividad humana como elemento central del trabajo está lejos de haber desaparecido, y por el contrario se basa en tareas mucho más abstractas. Paralelamente las nuevas formas de organización del trabajo no están en absoluto determinadas, hay aquí un nuevo campo de disputa. Una nueva relación entre los trabajadores ocupados y los desocupados, entre los ocupados a tiempo completo y a tiempo parcial, entre el trabajo manual e intelectual.

La acción sindical tiene posibilidades de desplegarse en las nuevas condiciones pero no podrá quedarse en las reivindicaciones salariales y por condiciones de trabajo sino que deberá extenderse al conjunto de la información, al conocimiento y al funcionamiento de la fábrica informatizada. *«Batallas contra el monopolio del saber que las empresas tienden permanentemente a reconstruir marginalizando a los trabajadores y al sindicato de toda intervención conciente sobre el proceso de producción».*

Más aún cuando los modelos tradicionales son contradictorios con las nuevas tecnologías que requieren más y más flexibilidad. No hay aún un modelo alternativo y es aquí donde juegan la imaginación y la voluntad

de los sujetos sociales colectivos en una dinámica de confrontación. Precisamente si el capital depende del trabajo -enajenado- para su reproducción, el trabajo -vivo- es esencialmente insubordinado, indisciplinado, «mano rebelde». Y esa imaginación y voluntad no está subordinada de antemano a supuestas leyes ciegas y objetivas. Es esta contradicción la que encierra toda la potencialidad del mundo del trabajo.

Las nuevas condiciones imponen romper con las tradiciones corporativas. Dejar de resguardarse en una situación defensiva dentro de estrechas concepciones obreristas y abarcar el arco de conflictos y contradicciones que surgen de la vida cotidiana, el rol de la mujer en el trabajo y en la sociedad, las relaciones sociedad naturaleza... ligándolos en una perspectiva histórica con las concepciones socialistas. La identidad corporativa dejará paso así a una identidad social y política más acorde con la remoción histórico-cultural que se procura, con el rol histórico de cuestionador del sistema de dominación.

Hay un proceso casi molecular, expresión de los cambios en las bases materiales de la sociedad, que también incorpora elementos subjetivos y culturales, que están configurando una nueva identidad social. Frente a la quiebra del «obrero masa» se empezaría a definir el «obrero social» (Toni Negri, 1991).

La intervención socialista

En este marco la intervención de

la izquierda socialista no depende de una simple actitud moral, de un ejercicio crítico alrededor del modelo neoliberal, menos aún de sumarse en forma acrítica a la reestructuración capitalista. Más aún cuando las turbulencias del presente, entre lo viejo que se resiste a morir y lo nuevo que no acaba de nacer, dificultan la comprensión cabal de los acontecimientos.

Los procesos colectivos casi siempre aparecen retrasados respecto de los cambios en la base material, y la maduración de la conciencia es un proceso casi molecular, que tiene tiempos y ritmos propios. Y es aquí donde la fusión de la práctica social con el cuerpo de ideas que debiera constituir el proyecto socialista para este fin de milenio adquiere una dimensión cualitativa. Pero esto exige un replanteo de las propuestas y de las formas de intervención política.

El estalinismo envileció hasta lo extremo el movimiento socialista, lo empobreció detrás de concepciones economicistas y estatistas, en tanto que la mayoría de las veces las corrientes que se le oponían se constituyeron como un cuerpo cerrado de ideas, un simple sistema de ideas separado del movimiento social real.

El lugar de lo reivindicativo fue frecuentemente desplazado de la esfera de la acumulación a la de la distribución y circulación de las mercancías. La lucha de clases quedaba reducida así a una simple puja por la distribución del ingreso. En este contexto no resultaba difícil confundir incrementos salariales masivos con el ascenso histórico de los trabajadores, y la amplia-

ción del sector público, o las partidas presupuestarias a él asignadas, con un mayor control social o mayor equidad social.

El conocimiento y el debate sobre el mundo del trabajo están ligados al conocimiento del cambio social que se está operando, a lo que realmente está ocurriendo con los hombres y mujeres que día a día son sometidos a la explotación del capital. De lo que se trata es de romper el sistema cerrado de ideas,

de aprehender la realidad en toda su complejidad, transformando el conocimiento en fuerza social.

En otros términos: producir ideas que puedan ser absorbidas por el movimiento y que lo ayuden a desarrollarse en términos de organización y conciencia cuestionadora del sistema de dominación social vigente.

NOTAS:

¹ En este trabajo utilizamos una definición amplia de clase obrera, abarcando a todas las capas asalariadas que se ven obligadas a vender su fuerza de trabajo en el mercado.

² En rigor si bien los teóricos del regulacionismo se referencian en el «modo de producción» suponen que esta conceptualización tiene un alto grado de abstracción teórica. Siendo para ellos lo «concreto-histórico» a analizar lo que llaman regímenes sociales de acumulación (modelos económico-social e institucional-político). Esto modificaría el sesgo determinista-economicista del modelo marxiano en la explicación de lo social. En definitiva lo que está en cuestión es si las relaciones sociales resultan, en última instancia, determinadas o no por las fuerzas productivas.

³ Relativa estabilidad porque quiénes sustentan esta teoría señalan el carácter potencialmente desequilibrado de la acumulación, lo que no garantiza la estabilidad dinámica en el largo plazo. Por lo que la profundización de un régimen de acumulación suscita finalmente una nueva forma de crisis estructural.

⁴ Para algunos autores (Notcheff, Basualdo, Aspiazu, 1988) en la IT se puede distinguir entre las que llaman **incrementales** -que no transforman la matriz insumo-producto, pero mejoran los rendimientos marginales crecientes- y las que llaman **mayores** -que sí transforman la matriz insumo-producto y modifican todas las relaciones sociales en función de la misma-. La idea de la relación de fuerzas y la confrontación social como formando parte de las relaciones sociales no tiene mayor entidad, o en el mejor de los casos es colocada en un segundo plano. El peso de una concepción determinista, en cuanto a lo tecnológico, es aquí muy fuerte.

⁵ Hay aquí un punto de confrontación teórica importante, que es obvio este artículo no puede, ni pretende, saldar, pero al menos si enunciarlo. Y es que la idea de la **no neutralidad tecnológica** entra en contradicción con la conocida afirmación marxiana

de que «el capital no crea la ciencia, sino que la explota apropiándose de ella en el proceso productivo». Hasta donde sé no hay en esta última afirmación una determinada visión optimista en cuanto al progreso histórico, más aún cuando nunca como ahora la ciencia y la tecnología estuvieron tan vinculadas al proceso de acumulación capitalista, y orientada la investigación desde sus inicios en la búsqueda de determinados objetivos sociales.

⁶ Este tipo de concepciones no es nuevo, sí lo son en cierta medida las argumentaciones, pero ya en los años 60, en los EE.UU., la *Must Labor Lose* planteaba el «colapso de la sociedad de clases» y el «fin de la lucha de clases».

⁷ En rigor, como bien apunta Victor Montovi, la variable histórica, como categoría fundamental del capitalismo, es la tasa de ganancia que cumple un rol decisivo en el ciclo económico. Esto es lo que está pesando en el conjunto de la economía mundial. Hay un fuerte incremento de la productividad y de la tasa de explotación del trabajo, pero esto no repercute todavía en la tasa media de ganancia, al menos en una magnitud tal como para impulsar decididamente el ciclo de la reproducción ampliada.

⁸ Los progresos científicos y tecnológicos han producido dos categorías de trabajadores: I) los científicos e ingenieros informáticos, que crean y mantienen los sistemas, II) los usuarios rutinarios de terminales informáticas. Los comprendidos en la primera categoría, una pequeña minoría, son personas altamente calificadas, en gran medida autónomas, los pertenecientes a la segunda, ya sea que estén empleados en fábricas, cajas de supermercados o antiguos puestos administrativos, en la banca, los seguros y otros, se ocupan de operaciones rutinarias mediadas por ordenadores, subordinadas a estrictos procedimientos de trabajo y son, en efecto, esclavos de la máquina. Por lo tanto constituyen una clase trabajadora en la mayoría de los sentidos que los socialistas han dado generalmente a este término; a ellos debemos agregar el gran número de trabajadores que siguen empleados en trabajos de manufactura manual. Las sociedades actuales todavía tienen una evidente y marcada estructura de clases y que la base clasista del movimiento socialista sigue siendo un factor **político importante, aunque las conceptualizaciones de las relaciones y de la política de clases indudablemente seguirán cambiando en el futuro como lo han hecho en el pasado** (Tom Bottomore).

Bibliografía consultada:

Aglietta, Michel: *Regulación y crisis del capitalismo*. Ed. Siglo XXI - 1974.

Boyer, Robert: *La teoría de la regulación, un análisis crítico*. Edic. Alfons El Magnanium. Barcelona, 1992.

Bonefeld, Werner: *La reformulación de la teoría del estado*(1987), en Los estudios sobre el estado y la reestructuración capitalista. Fichas Temáticas de Cuadernos del Sur nº4, Buenos Aires 1992.

Pelaez, Eloina; Holloway, John: *Aprendiendo a hacer reverencias; posfordismo y determinismo tecnológico*, ídem anterior.

- Navarro, Vicente: *Producao e Estado de bem-estar. O contexto político das reformas*. Lua Nova 28/29, San Pablo, 1993.
- Cillario, Lorenzo: *Il sapere nel cerchio del capitale*. Democrazia e Diritto nº 1-2 Editori Runiti, Roma, 1991.
- Coriat, Benjamin: *Los desafíos de la competitividad*. Seminarios Intensivos de Investigación. documentos de trabajo 1,2 y3. Buenos Aires, marzo 1994.
- Segre, Lidia: *Técnica para substituir o homem ou para potencializar as suas capacidades?*- Universidade Federal Fluminense, Río de Janeiro, 1992.
- Brodner, P: *La fábrica en la encrucijada, entre los caminos «tecnocéntrico» y «antropocéntrico»*. Rev. de Sociología del Trabajo nº 2. 1987/88.
- Offe, Claus: *¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?* Conferencia en la inauguración del XI Congreso de Sociología, Bamberg, octubre 1982
- Bell, Daniel: *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Alianza Universidad, 1976.
- Gorz, André: *Adios al proletariado*. El Viejo Topo. Barcelona 1981.
- Metamorphose du travail*. Débat-Galilée. París - 1988
- Notcheff, H; Basualdo, E; Aspiazú, D; *La revolución tecnológica y las políticas hegemónicas*. Edit. Legasa, Buenos Aires, 1988.
- Bottomore, Tom: *Breves notas críticas sobre el empleo y el desempleo*. El socialismo del futuro nº6, Madrid 1992.
- Negri, Toni, *Fin de Siglo*, Edit. Anagrama, Madrid 1991.

INPRECOR

Correspondencia de Prensa Internacional
para América Latina

Revue internationale pour l'autogestion

UTOPIE CRITIQUE